

# Edith Stein, el ethos femenino y el papel de la mujer en la enseñanza

*Octavio Ortiz de Montellano, L.C.*

*Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana y Licenciado en Teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum. Ha sido Profesor invitado del “Istituto Superiore di Scienze Religiose del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum” en Roma. Dirige cursos sobre espiritualidad y acompañamiento formativo de la mujer consagrada.*

## Introducción

**M**e parece significativo que se invite a este encuentro a Edith Stein como figura emblemática. Lo es por su biografía, en especial su nacimiento el día del Yom Kippur y por su muerte en el que se da un encuentro misterioso entre judaísmo y cristianismo; lo es por su antropología bíblica fundada en el libro del Génesis; lo es, finalmente, por la armonía que presenta entre la vocación natural de la mujer como esposa y madre y su inserción en toda realidad humana, en lo que ella llama las “vocaciones naturales” de la mujer.

“La formación no es la posesión de conocimientos exteriores, sino la configuración que la personalidad asume bajo la influencia de múltiples fuerzas formadoras”<sup>1</sup>. Estas palabras de Edith Stein nos orientan sobre el auténtico significado del desarrollo de la persona humana, o dicho de otro modo, del despliegue armónico de la personalidad.

En Europa, de modo especial, estamos de frente a una emergencia educativa. Lo saben muy bien, no sólo las familias, sino el Estado y las Instituciones educativas todas.

Primeramente se aproxima con la circunspección<sup>2</sup> del sabio que vive el tiempo tocando ya la eternidad. Es la perspectiva del hombre bíblico que está en contacto con la Palabra de Dios que es *lámpara para sus pasos, luz en su sendero*; el hombre para quien el tiempo es la intensidad desplegada del amor. Sabe que vive en un mundo imperfecto, pero en el

---

<sup>1</sup> E. STEIN, *Obras Completas IV, Escritos antropológicos y pedagógicos*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2003, p. 198. A partir de ahora citaremos esta obra como Esoc IV.

<sup>2</sup> Con el hermoso significado de la palabra circunspección: mirar en torno, observar con prudencia.

que opera la salvación. “The higher goal of spiritual living – decía Abraham Joshua Heschel- is not to amass a wealth information, but to faced sacred moments”. La más alta meta del ser espiritual no es reunir una cantidad importante de información, sino el vivir (hacer experiencia de) momentos sagrados”<sup>3</sup>. La formación de la persona humana –y esta es una idea muy querida para Edith Stein- no consiste en almacenar una cantidad enorme de datos, -cosa que por desgracia hoy sucede- sino en que la persona adquiera una *configuración propia*. El drama de hoy consiste en “no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida”<sup>4</sup>, querer controlar aquello que es propio del amor divino. *Familia, escuela y persona* pierden el ritmo, se desnaturalizan, entran en el frenesí de la actividad y de la dispersión y, poco después, se desploman en el torpor de la falta de sentido. El *inmediatismo ansioso* acelera los procesos y no sabe de “*hipomoné*”, de esa estupenda virtud, que practicó de modo espléndido Edith Stein, que consiste en persistir y perseverar con elegancia bajo un peso no pequeño sin perder el impulso de la esperanza; se trata de amar siempre y a pesar de todo, incluso en medio de las circunstancias más adversas. Es algo propio de los amantes. Cuando Viktor Frankl<sup>5</sup> en medio de los sufrimientos más atroces del campo de concentración, vio el rostro de su mujer, se dio cuenta de que tenía una razón para vivir. Esta es la mirada contemplativa de quien sabe *reposar* en el tiempo y, descubriéndose amado, se descubre amante, invitado al amor. Allí el espíritu viene “en forma de tiempo”<sup>6</sup>. Este personaje ya no va sin alas de un ayer a un mañana, esclavo del tiempo, sino que supera la prisa y el ansia y el presente aflora para él en toda su belleza. Se le desvela el horizonte de la eternidad. Ve con maravilla lo que permanece, lo esencial. “Sólo el corazón

<sup>3</sup> A.J. HESCHEL, Schor, I. and Heschel, S. (2005) *The sabbath, its meaning for the modern man*. New York, NY: Farrar, Straus and Giroux, p. 6.

<sup>4</sup> FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2013, n. 82.

<sup>5</sup> V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*. Herder, Barcelona, 1991, p. 39 “Mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer, a quien vislumbraba con extraña precisión. La oía contestarme, la veía sonriéndome con su mirada franca y cordial. Real o no, su mirada era más luminosa que el sol del amanecer. Un pensamiento me petrificó: por primera vez en mi vida comprendí la verdad vertida en las canciones de tantos poetas y proclamada en la sabiduría definitiva de tantos pensadores. La verdad de que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre. humanos intentan comunicar: la salvación del hombre está en el amor y a través del amor”.

<sup>6</sup> Cfr. A.J. HESCHEL, p. 6 *What is the Sabbath Spirit in form of time*. “We our bodies we belong to space; our spirit our souls, soar to eternity, aspire to the holy. The *Sabbath* is an ascent to the summit. It gives us the opportunity to sanctify time, to raise the good to the level of holy by abstaining from profanity”.

sereno siente de modo profundo y grande. Sólo el corazón sereno tiene duración»<sup>7</sup>. Tal era el corazón de Edith Stein. No se puede pensar en el *desarrollo de la persona* que no incluya este corazón sereno y esta mirada que ve el invisible.

En segundo lugar, este encuentro aborda el tema con la mirada del estudioso que sabe que es necesario reflexionar sobre la verdad. “El hombre —dice la encíclica *Fides et ratio*— está orientado hacia una verdad que lo trasciende. Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio, y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo de que todo debe ser dominado por la técnica”<sup>8</sup>. Este encuentro, que coloca codo a codo dos grandes tradiciones, pone de relieve la verdad que trasciende al hombre, y subraya que la persona no puede ser valorada por criterios pragmáticos, ni dominada por la técnica, sino por principios primeros y universales del ser que deciden de su dignidad y vocación.

En Edith Stein encontramos una síntesis admirable de ambas miradas: la sapiencial y la racional. En ella se juntan dos libertades: la libertad de la filósofa que piensa de modo independiente, sin condicionamientos en la búsqueda de la verdad; y la mirada libre de quien piensa con la Revelación. Esta armonía no común entre fe y razón, nos invita a la reflexión.

El *ethos* femenino y el papel de la mujer en la enseñanza es un tema apasionante que Edith abordó con profesionalidad y competencia en varias ocasiones. Lo abordó en conferencias y lecciones pero, sobre todo, lo hizo realidad con su vida y feminidad. A ella podemos aplicar aquella hermosa frase de Jean Guitton: “En el fondo, la mujer está hecha para transformar *la verdad en vida* y para hacerla asimilable”<sup>9</sup>. Edith hizo *la verdad vida* en sus lecciones, en su oración y en su donación hasta el extremo.

Por eso, al hablar del *ethos* femenino conviene ofrecer breves rasgos de su biografía. Hebrea de familia y formación, desde pequeña da señales de poseer una inteligencia viva y penetrante, una capacidad de observación no común y una voluntad firme y tenaz, casi porfiada. En 1906 a los 15 años de edad, en plena adolescencia, abandona la escuela. Ésta no le ofrece una

---

<sup>7</sup> R. GUARDINI, *Briefe über Seltsbildung*, pp. 135-136; *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Ediciones Palabra, p. 139.

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Fides et ratio*, 14 de septiembre de 1998, n. 5.

<sup>9</sup> J. GUITTON, *La mujer en la casa*, Herder, Barcelona, 1963 pp. 25-29.

respuesta a sus inquietudes más íntimas. Al mismo tiempo, pierde su fe en Dios, en la religión y decide emprender su propio camino.

Detrás de la apariencia de una niña voluntariosa, casi rebelde, se encuentra un espíritu noble, sensible y generoso, demasiado vulnerable a las emociones. No lograba comprender que alguien se riera de un borracho o que una adolescente en el inicio de la pubertad se abandonara a vanidades de fiestas y vestido, cuando su cuerpo y alma tocaban el misterio de la vida y el carácter sagrado que esto suponía. Desde su primera juventud es feminista<sup>10</sup>, en el bello sentido de lo que este término significa. Ella confiesa que en sus primeros años de juventud fue radical en su feminismo, pero con el paso del tiempo se hizo simplemente objetiva<sup>11</sup>. Las conferencias que Edith dictará entre 1928 y 1933 son una prueba fehaciente de su defensa apasionada por la dignidad y vocación de la mujer, adelantándose con mucho a sus tiempos.

En 1913 se dirige a la universidad de Göttingen atraída por la fenomenología de Edmund Husserl<sup>12</sup>. Husserl y la fenomenología influyen

<sup>10</sup> Sobre el uso de los sufijos -ista e -ismo, conviene tener en cuenta cuanto dice José G. Moreno de Alba sobre la evolución del significado de dichos sufijos: <https://www.fondodeculturaeconomica.com/obras/suma/r3/buscar.asp?idVocabulum=348&starts=E&word=eficientista,%20eficientismo> José G. Moreno de Alba, miembro de la Academia de la lengua de México. “EL SUFIJO -ISTA es, en el español contemporáneo, uno de los más productivos. Da lugar a múltiples sustantivos, procedentes de sustantivos y verbos, que designan predominantemente personas que muestran adhesión a una creencia, doctrina, profesión o teoría, señalada en la raíz de las voces derivadas: budista, tomista, dentista, evolucionista. [...] Recientemente se ha venido dando un interesante fenómeno de desplazamiento semántico o de adición de significados en el sufijo -ista. En ciertos neologismos con este sufijo se observa con evidencia un matiz peyorativo que no se percibe en ninguna de las formaciones tradicionales en que interviene. Así como ovoide (con sufijo -oide) significa 'en forma de huevo' y, por extensión, un comunistoide es alguien que de comunista sólo tiene la apariencia, así también, si eficiente es 'el que tiene eficiencia', el vocablo eficientista viene a nombrar algo o alguien que es eficiente sólo en apariencia o que es inconvenientemente eficiente (quizá por desatender cosas de mayor importancia). Creo que este valor semántico de -ista es nuevo. Véase que no se trata simplemente de una novedad léxica sino, mucho más importante, de una innovación morfológico-semántica”.

<sup>11</sup> H.B. GERL-FALKOVITZ, *Anuario Filosófico*, 1998 (31), p.755. “Así es que Edith Stein no se convierte tanto en pionera por su curriculum y su talento –pues para la lucha era demasiado serena y objetiva, con todo el ardor de su naturaleza–, sino en una pensadora prematura de la cuestión femenina, cuyo transcurso histórico estudió, y contribuyó lo suyo a la aclaración cristiana del fenómeno”.

<sup>12</sup> Husserl y la fenomenología influyen poderosamente en Edith: “(el contacto con Max Scheler) –dice Edith- no me llevó, sin embargo, a la fe; tan sólo me abrió un nuevo campo

poderosamente en Edith, así como el contacto con Max Scheler. “Este contacto —dice Edith— no me llevó, sin embargo, a la fe; tan sólo me abrió un nuevo campo de fenómenos frente a los cuales no podía permanecer insensible. No por nada se había repetido tanto (en la escuela de Husserl) que era preciso contemplar cualquier cosa sin preconceptos, arrojando fuera todas las lentes: así caerían las barreras de los prejuicios racionalistas en medio de las cuales había crecido sin saberlo, y el mundo de la fe se abriría improvisamente ante mí” (Aus dem Leben einer jüdischen Familie, 57).

Tres años más tarde en 1916, una vez obtenido el doctorado con los máximos honores<sup>13</sup>, Husserl mismo le pide que sea su Asistente. Será la primer mujer Asistente en Alemania de una cátedra de Filosofía”.

Un somero repaso de su itinerario intelectual, nos servirá para comprender el largo camino seguido por Edith Stein, desde su ateísmo juvenil y universitario a su profundo diálogo con Dios en la vida contemplativa. En ese camino, la fenomenología de Edmund Husserl y la filosofía de los valores de Max Scheler serán los primeros hitos por los que transcurrió su itinerante búsqueda filosófica<sup>14</sup>.

Después, tras su conversión religiosa con Santa Teresa de Jesús, vendrá Santo Tomás de Aquino, San Agustín, Los Ejercicios de San Ignacio de Loyola y la profundización de los grandes místicos españoles: Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

La aventura espiritual de Edith está marcada, también, por el encuentro con varias figuras femeninas. Mencionamos tres.

Ante todo su madre. Ella influye poderosamente en la vida de Edith por su testimonio de vida. Entre madre e hija había un amor particular, pues Edith era la más pequeña de una numerosa familia y, en consecuencia, la madre le tenía un cariño especial; pero al mismo tiempo había una cierta distancia entre las dos, quizá debido al temperamento independiente de

---

de fenómenos frente a los cuales no podía permanecer insensible. No por nada se había repetido tanto (en la escuela de Husserl) que era preciso contemplar cualquier cosa sin preconceptos, arrojando fuera todas las lentes: así caerían las barreras de los prejuicios racionalistas en medio de las cuales había crecido sin saberlo, y el mundo de la fe se abriría improvisamente ante mí”. (Aus dem Leben einer jüdischen Familie, 57).

<sup>13</sup> El 3 de agosto de 1916 obtiene 'Summa Cum Laude' en la defensa de su tesis doctoral *Sobre el problema de la Empatía*. Como filósofa “ha preferido la mirada sobre lo verdadero a las demás vinculaciones”.

<sup>14</sup> <http://franciscoacuyo.blogspot.it/2012/01/edith-stein-de-husserl-san-juan-de-la.html>

Edith y, posteriormente, a su conversión. Sin embargo, las dos se amaban sincera y entrañablemente. Basta leer las notas de Edith el día que se despide de su madre para comprobar cuánto amor y dolor había en aquella íntima relación entre dos grandes mujeres. Edith tendrá siempre, no sólo grande respeto por su madre, sino una sincera admiración y reconocerá su espíritu religioso, su honestidad y fuerza de ánimo<sup>15</sup>. No dudamos que muchos de los conceptos de la mujer como madre que Edith expuso en varias conferencias, los vio plasmados primero en su propia madre.

La segunda mujer que influye en Edith es la esposa de su amigo Adolf Reinach. Adolf muere en 1917 en el campo de batalla. Su esposa pide a Edith que ordene los apuntes de su marido para publicarlos. Ella accede a realizar la tarea. Encuentra a la viuda de su amigo serena, en paz y con una sencilla esperanza. Edith, atenta observadora, se maravilla de cómo aquella mujer vive la pérdida irreparable de la muerte de su marido. La muerte se le presenta de un modo nuevo.

Finalmente está Santa Teresa de Jesús. En el mes de junio de 1921, mientras estaba en casa de su amiga Hedwig Conrad-Martius, lee la autobiografía de Santa Teresa. Este libro influye poderosamente en el itinerario espiritual de Edith y marcará, más que ningún otro libro, el futuro de su vida. Era la conclusión de muchos años de búsqueda de la verdad y de crisis intelectual y espiritual, desde aquel abandono de la fe a sus 15 años de edad.

En 1922, a la edad de 30 años, se convierte al catolicismo<sup>16</sup>, pero sigue sintiéndose hija del pueblo judío, como se deduce de la carta que escribe a Pío XI después de casi 11 años de su conversión que inicia del siguiente modo: “Como hija del pueblo judío, que, por la gracia de Dios, desde hace

---

<sup>15</sup> Algún día escribirá: “Todavía hoy —estamos cerca del año 1933 y su madre morirá tres años más tarde - la más grande alegría de mi madre consiste en sembrar y recoger algo por su mano y regalar espléndidamente la cosecha a otros”.

<sup>16</sup> Una vez convertida al catolicismo, su director espiritual le aconseja posponer su consagración religiosa y la orienta hacia la formación de la mujer, en especial, a la formación de educadoras de la juventud femenina. De este modo desde 1922 hasta 1931 ejerce como maestra de literatura y alemán en el Instituto de las dominicas de Santa Magdalena en Espira. En 1928 entra en contacto con el Abad de Beuron P. Rafael Walzer y, por consejo de éste, empieza a impartir conferencias sobre la mujer en diversas partes de Alemania. La edición crítica de estas conferencias se encuentra en el Volumen IV de las obras completas que citamos en este escrito. Nos interesan precisamente estas conferencias y en particular una sobre el *ethos* femenino.

once años es también hija de la Iglesia católica...”<sup>17</sup> En el *Motu Proprio Spes edificandi* que la nombra patrona de Europa leemos:

El encuentro con el cristianismo no la llevó a renegar de sus raíces judías, sino que más bien se las hizo redescubrir en plenitud. [...] En realidad, todo su camino de perfección cristiana se desarrolló bajo el signo no sólo de la solidaridad humana con su pueblo de origen, sino también de una auténtica participación espiritual en la vocación de los hijos de Abraham, marcados por el misterio de la llamada y de los «dones irrevocables» de Dios (cf. Rm 11, 29). En particular, Edith hizo suyo el sufrimiento del pueblo judío a medida que éste se agudizó en la feroz persecución nazi, que sigue siendo, junto a otras graves expresiones del totalitarismo, una de las manchas más negras y vergonzosas de la Europa de nuestro siglo<sup>18</sup>.

Edith sabe ser compañera, hermana y madre, intuye lo concreto y viviente; hace propia la vida espiritual ajena. Posee una rica y sobria emotividad. Su deseo de llevar a la máxima perfección a cada creatura, la inclina a la enseñanza y educación de la mujer. En ella hay, como en toda mujer, un puesto dominante del *eros*<sup>19</sup>. Y en el más puro desarrollo del amor servicial. Esta maravillosa síntesis entre pura femineidad, claro raciocinio, *eros* purificado, hacen de Edith una mujer excepcional. En un texto que trasluce cierto carácter autobiográfico dice: “a la virginidad corresponde un tipo de mujer en que desaparece la estrecha vinculación con el hombre (tal y como corresponde a la condición de esposa y madre). Pero la actitud personal y la posición dominante del *eros* se realizan en la forma superior del amor a Dios que configura la vida”<sup>20</sup>.

Esta última afirmación es de gran importancia para conocer a Edith y su pensamiento: la posición dominante del *eros* debe realizarse, sea por el camino natural del matrimonio, sea por el camino del amor a Dios en consagración, sea también por el camino de la mujer consagrada a la vida profesional que no contrae matrimonio. Cuando en la mujer no se realiza la posición dominante del *eros* correctamente encauzado, según Edith,

---

<sup>17</sup> ESOC IV, p.29.

<sup>18</sup> JUAN PABLO II, Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio, Spes edificandi*, 1 de octubre de 1999, n. 9.

<sup>19</sup> “A la tarea de ser compañera y madre corresponde la particularidad del modo de conocer de la mujer, que tiene una peculiar fuerza para intuir lo concreto y viviente, especialmente lo personal; [...] el puesto predominante de lo erótico (no de lo sexual) en el conjunto de la vida; el más puro desarrollo de la vida en el amor servicial” ESOC IV p. 503.

<sup>20</sup> ESOC IV, p.504.

aparece en ella una dolorosa frustración. Para ella, “el constitutivo formal íntimo del alma femenina es el amor, tal y como brota del corazón divino”<sup>21</sup>.

En las conferencias que dicta entre 1928 y 1933 expone de modo penetrante la cuestión de la mujer bajo diversas angulaciones: política, social, filosófico-antropológica, incluso eclesiástica, canónica y finalmente también teológica<sup>22</sup>. Un elemento que se debe destacar del conjunto de tales conferencias es la *centralidad del elemento femenino para la salvación*. Edith está convencida que Dios ha confiado a todas y cada una de las mujeres una papel determinante en la salvación<sup>23</sup>.

Esta intuición de Edith, la recoge Juan Pablo II, en *Mulieris dignitatem*: “La fuerza moral de la mujer, -dice el Papa- su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que *Dios le confía de un modo especial el hombre*, es decir, el ser humano. Naturalmente, cada hombre es confiado por Dios a todos y cada uno. Sin embargo, esta entrega se refiere especialmente a la mujer -sobre todo en razón de su femineidad- y ello decide principalmente su vocación”<sup>24</sup>.

En 1932 la vemos como Profesora en el Instituto de Pedagogía Científica de Münster. Pero con la llegada al poder de Hitler en 1933 no hay esperanza alguna para que Edith lleve adelante una actividad docente<sup>25</sup>. Considera que ha llegado la hora de ingresar al Carmelo.

<sup>21</sup> ESOC IV, p.175.

<sup>22</sup> “Edith—explica Hanna-Barbara- pronuncia en los años 1928 a 1933<sup>22</sup>, año en el que se cortó violentamente su actuación pública, una serie de conferencias reunidas en la miscelánea *Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade (La mujer. Su tarea según la naturaleza y la gracia. Obra traducida al español que aconsejo vehementemente como una buena introducción a los escritos pedagógicos de Edith)*. Allí se revela una penetración atenta e independiente de la cuestión de la mujer y ciertamente en la amplitud real del problema: política, social, filosófico-antropológica, incluso eclesiástica, canónica y finalmente también teológica”. H.B. GERL-FALKOVITZ, *Anuario Filosófico*, 1998 (31), 753-784.

<sup>23</sup> “Edith afirma la centralidad del elemento femenino para la salvación; cree que Dios ha confiado esa salvación a todas y a cada una de las mujeres. Y Eva se da cuenta de ello cuando exclama: «*He adquirido un varón con el favor del Señor*» SIMPOSIO INTERNAZIONALE EDITH STEIN TESTIMONE PER OGGI, PROFETA PER DOMANI TERESIANUM - ROMA (1998). [HTTP://WWW.OCD.PCN.NET/EDSI\\_BEL.HTM#N\\_1](http://www.oed.pcn.net/EDSI_BEL.HTM#N_1) A. ALES BELLO, *Uomo Donna li Creò, Filosofia e Teologia Della Femminilità In Edith Stein*.

<sup>24</sup> JUAN PABLO II, *Carta apostólica, Mulieris Dignitatem* 1988 n. 30.

<sup>25</sup> El Abad de Beuron, Rafael Waltzer, su Director Espiritual, comprende que no hay para Edith posibilidad de una carrera pública universitaria y le da finalmente permiso para ir al



Tiene ya 42 años, desde los 15 años ha vivido con gran independencia personal, es doctora en filosofía y fue asistente del fundador de la fenomenología, ha sido maestra de un Instituto por más de 10 años y ha dictado conferencias en varias partes de Alemania, Austria y Suiza.

“La señorita doctora Edith Stein —escribe su párroco y confesor en Münster, el decano de la catedral, doctor Adolfo Donders- ...es un alma privilegiada, rica en amor de Dios y del prójimo, llena de espíritu de la Sagrada Escritura y de la Liturgia...Será para todas un modelo de profundísima piedad y de fervor en la oración, de alegría para la comunidad, llena de bondad y amor al prójimo... Ha hecho mucho bien con su pluma y su palabra, especialmente en la Asociación de estudiantes católicos y en la Unión de Mujeres Católicas”<sup>26</sup>.

El 15 de abril de 1934 toma el hábito carmelita con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. El nombre es todo un proyecto de vida que reúne la influencia benedictina, el amor al Carmelo y la conciencia de ser víctima de expiación mediante el sufrimiento y la intercesión<sup>27</sup>. Piensa que en el Carmelo encontrará algo que no le puede aportar ninguna otra realidad o institución<sup>28</sup>. Edith muere en las cámaras de gas de Auschwitz, el 9 de agosto de 1942 debido a su ascendencia judía.

---

Convento Carmelita de Colonia. En la carta de recomendación, dirigida al Carmelo de Colonia, el Abad escribe valorando “su madurez religiosa y su profundidad, que son de tal suerte que hay que añadir una palabra... Desde hace mucho tiempo el Carmelo es su ideal”.

<sup>26</sup> E. STEIN, *Obras selectas*, Edición preparada por Francisco Javier Sancho Fermín, Monte Carmelo, Burgos, 1998 2ª ed. Cómo llegué al Carmelo.

<sup>27</sup> Cuando se consagra como religiosa contemplativa sabe que se convierte en hogar donde habitarán muchos otros en la presencia de Dios. Como dice a su amigo Kaufman, nueve años antes de su consagración: “Esta vinculación permanente con todos los que a lo largo de la vida se han relacionado conmigo, al margen completo de la relación actual, forma parte esencial de mi vida” Carta a Fritz Kaufman, 13/09/1925, en ESGA 2,72.

<sup>28</sup> “Cuando decide entrar en el convento -dice el profesor Caballero conocedor de Edith-, siente que todas esas personas (que ella ha conocido) no conviven congregadas sólo en su recuerdo, sino que ha querido hacer de su persona un santuario en el que todas ellas están ante el Señor. “Estar en presencia de Dios por todos” es una de sus máximas.[...] Si la mujer, como pensaba Edith Stein, es particularmente sensible a lo personal, a todo aquello que pertenece a la jurisdicción del amor, el don de sí que esto supone puede culminar en la entrega de la propia capacidad de amar a aquel que nos amó primero. Y esto es virginidad consagrada; y desposorio al mismo tiempo con él” J.L. CABALLERO, *Tres miradas sobre el rostro de Edith Stein*, en *Edith Stein y los místicos españoles*, G. DEL POZO ABEJÓN, Publicaciones de la Facultad de Teología “San Dámaso”, Madrid, 2006, p. 181.

Estoy segura...-dice- que el Señor ha aceptado mi vida por los demás. Pienso en la reina Ester que fue elegida entre su pueblo para que intercediera por su pueblo ante el rey. Yo soy una pequeña Ester, pobre e impotente, pero el Rey que me ha elegido es infinitamente grande y misericordioso. Y esto constituye un gran consuelo<sup>29</sup>.

## El Ethos de las profesiones femeninas

El 1 de septiembre de 1930 Edith dicta una conferencia en las Semanas Universitarias de Salzburgo con el tema “El *Ethos* de las profesiones femeninas”. De los 16 ponentes, personajes prominentes del mundo de las ciencias, ella era la única mujer. Ningún otro ponente trataría del tema de la vocación femenina en cuanto tal. ¿Es propio para el alma femenina actitudes duraderas que configuran su vocación profesional? –se pregunta Edith-. O dicho de otro modo: ¿Existe un *ethos* propiamente femenino que la configura? Y en segundo lugar, ¿Esta especificidad femenina la inclina a tareas determinadas?<sup>30</sup>

Bajo el término *ethos* hay que entender algo duradero que regula los actos del ser humano; por tanto, no pensamos en una ley que se presente al ser humano desde el exterior o desde lo alto, sino en algo que en él mismo es activo, en una forma interior, en una duradera actitud del alma<sup>31</sup>. Es una especie de hábito que perdura en el tiempo e influye en los actos humanos<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> A. SICARI, *Retratos de Santos*, Ediciones Encuentro ISBN: 978-84-7490-986-9 p.147. G. MARCHESI, *La Ciencia de la Cruz en Edith Stein*, Revista Humanitas, Universidad Católica de Chile, Enero-Marzo 2002, <http://www.humanitas.cl/html/biblioteca/articulos/d0180.html>

<sup>30</sup> “Cuando se me ha encomendado la tarea de hablar del *ethos* de las vocaciones profesionales femeninas –dice Edith- es porque en ello se esconde por una parte la aceptación de que al alma femenina le son propias ciertas actitudes duraderas que configuran intrínsecamente su vida profesional vocacional; por otra parte se acepta que la especificidad de la mujer conlleva una vocación profesional para determinadas tareas. Ahora hay que probar ambas presuposiciones.” Esoc IV, p.162.

<sup>31</sup> Esoc IV, p.161.

<sup>32</sup> Edith se mueve en un pensamiento fenomenológico que respeta la realidad y lo conjuga con una sólida metafísica, sus reflexiones poseen una vigencia que persiste, no obstante el cambiar de los tiempos. No se olvide que Edith escribe sobre el *ethos* femenino en 1930, cuando los movimientos feministas estaban despuntando y la cultura era diferente a la que vivimos hoy en día.

Así pues, sólo podemos hablar de *ethos* de la profesión cuando se descubre en la vida profesional un sello determinado que no le viene desde fuera, sino que lo configura internamente. Por ejemplo, será muy distinta la actitud de un maestro que considera su tarea como una vocación y la vive apasionadamente, de la de otro enseñante que lo hace por la ganancia económica o por el prestigio que conlleva. El *principio interno configurador* es muy distinto en un caso o en el otro, a pesar que el título de profesión sea el mismo.

Quien considere su trabajo como simple fuente de ganancia o como pasatiempo lo desarrollará de una forma distinta de aquel otro para quien sea “vocación profesional” en sentido propio, es decir, de aquel otro que se sienta llamado para ello. En sentido estricto, sólo en este último caso puede hablarse de *ethos* profesional vocacional<sup>33</sup>.

Cada vocación profesional, es decir, cada llamada a realizar una determinada misión, tiene un *ethos* propio, un principio interno que configura la personalidad. La enfermera se distingue por su amabilidad y solicitud. El alpinista goza de su arrojo y resistencia. El cirujano deberá estar dotado de sobriedad y calma para intervenir certeramente.

*Al alma femenina le son propias ciertas actitudes duraderas que configuran intrínsecamente su vida profesional.* Edith desea probar esta afirmación.

### **La profesión natural de la mujer y el *ethos* correspondiente**

“¿Cabe hablar de una particular vocación profesional femenina, y hasta de una variedad de profesiones femeninas?”<sup>34</sup>

Según Edith, al inicio del movimiento feminista se negó que existiera una vocación específica femenina y se reivindicó para la mujer todas las profesiones. La mujer podía emprender cualquier profesión o vocación. En cambio, los que consideraban que la mujer tenía una misión y vocación particular, se oponían a esta diversidad de profesiones considerándola una dispersión. La mujer poseía algo específico y si se le involucraba en toda suerte de tareas, se perdería su genio propio. Edith, atenta a la realidad y amante de la verdad, se moverá entre estas dos disyuntivas con discreción y sobriedad. Según Edith, lo primero será preguntarse: *¿existe una profesión (vocación-llamada) natural de la mujer, y qué actitud anímica exige?*

---

<sup>33</sup> Esoc IV, p.162.

<sup>34</sup> Ibidem.

Reconoce Edith que es evidente que el cuerpo y el alma de la mujer están hechos para una finalidad particular. Sólo a quien el acaloramiento de una discusión ha cegado su razón, puede negar este hecho evidente<sup>35</sup>. Se trata de una realidad psicofísica de la mujer<sup>36</sup>, pero que además, coincide con la revelación bíblica: “que la mujer está hecha para ser compañera del hombre y madre de seres humanos”<sup>37</sup>.

A una finalidad particular debe corresponder una especificidad anímica, un ánima especial, de acuerdo con el pensamiento tomista *anima forma corporis*<sup>38</sup>.

Allí donde los cuerpos están configurados de un modo profundamente distinto —en todo el conjunto de la naturaleza humana— allí debe darse un tipo distinto de alma. ¿Cuál es esa actitud típicamente femenina que, en parte, nos es a todos conocida? La actitud de la mujer se orienta a lo *personal y vital y a la totalidad*. “Cuidar, custodiar, tutelar, nutrir, hacer crecer: he ahí su deseo natural”<sup>39</sup>.

Podemos aquí citar cuanto dice la Congregación para la Doctrina de la fe: “Lo que se llama «femineidad» es más que un simple atributo del sexo femenino. La palabra designa efectivamente la *capacidad fundamentalmente humana de vivir para el otro y gracias al otro*”<sup>40</sup>.

Lo muerto, la “mera cosa”, no le interesa a ella en primera persona, sino en cuanto está en función de una creatura viva y personal.

Lo vivo-personal, aquello a lo que atiende su solicitud, es un todo concreto, y como tal todo concreto quiere ser tutelado y desarrollado, no una parte a costa de una o de otras: no el espíritu a costa del cuerpo o a la inversa, y tampoco una facultad del alma a costa de las otras. No lo soporta en sí misma ni en los otros. Y a esta actitud práctica le corresponde la teórica: su modo de conocimiento natural no es tanto analítico-conceptual cuanto el ir a lo concreto, de contemplarlo y sentirlo de lleno. Esta disposición natural capacita a la mujer para ser cuidadora y educadora de sus propios

<sup>35</sup> Cfr. ESOC IV, p. 163.

<sup>36</sup> Conviene recordar que *Le Deuxième Sexe*, de Simone de Beauvoir no se escribió hasta 1949. “No se nace mujer, sino que se llega a serlo”. Ni Gina, ni Edith estarían de acuerdo con este planteamiento.

<sup>37</sup> ESOC IV, p. 163.

<sup>38</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Tb.* I<sup>a</sup>, q. 76, a.7.

<sup>39</sup> ESOC IV, p. 162.

<sup>40</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta los Obispos de la Iglesia Católica sobre la Colaboración del Hombre y la Mujer en la Iglesia y el Mundo*, 31 de mayo de 2004, n.14.

hijos, pero su disposición básica no se limita a esto, sino que se extiende también a su marido ya todos los seres que se encuentran en su entorno<sup>41</sup>.

A la tarea de ser compañera y madre corresponde la particularidad del modo de conocer de la mujer, que tiene una peculiar fuerza para intuir lo concreto y viviente, especialmente lo personal; la capacidad para hacer propia una vida espiritual ajena, como también los fines o el trabajo (de una vida ajena); la importancia que tiene en ella la emotividad en cuanto potencia para conocer el ser concreto en su peculiaridad y en su valor específico, y para tomar posición al respecto; el deseo de llevar a la máxima perfección posible a la humanidad en sus expresiones específicas e individuales en sí misma y en otros; el puesto predominante de lo erótico (no de lo sexual) en el conjunto de la vida; el más puro desarrollo de la vida en el amor servicial<sup>42</sup>.

En 1921, nueve años antes de que Edith dictara esta conferencia que nos ocupa, Gina Lombroso psiquiatra cirujano italiana, en su libro *L'Anima della donna, riflessioni sulla vita*<sup>43</sup>, expresa ideas no lejanas a Edith. Cotejarlas puede ser útil por la diversidad de planteamientos y discrepancias, pero también por un sustancial acuerdo en puntos de fondo. La perspectiva de Gina deja de lado queridamente la dimensión religiosa y sobrenatural y atiende sólo a los datos experienciales, naturales y biológicos de la mujer. El punto central para Gina es que la mujer es *alterocéntrica* en el sentido de que su placer y ambición no los coloca en sí misma, sino en el otro que ama y de quien quiere ser amada: el marido, los hijos, el amigo, la persona que cuida. Según ella, la mujer no puede gozar, ni actuar si no tiene alguien en quien pensar y por quién hacer aquello que hace; si no tiene alguien por quien ofrecer aquellos sacrificios que ofrece, si no tiene alguien a quien dedicarse y que se dedique a ella, si no tiene alguien con el que gozar y que ella haga gozar. Ella desea ser pensada por aquel que ella ama.

Deseosa de vivir *por y para* los otros, bien dispuesta a sacrificarse por ellos, feliz por el reconocimiento que recibe de ellos, sufre enormemente si los otros no reconocen su entrega y donación; sufre si los otros no se ocupan de ella, si no hay alguno que viva por ella, que esté dispuesto a dar su vida por ella. Se indigna y se exalta, se alegra y deprime dependiendo de que este reconocimiento tenga lugar o no, o haya esperanza de que llegue.

---

<sup>41</sup> Esoc IV, p. 163.

<sup>42</sup> Esoc IV, p. 503

<sup>43</sup> G. LOMBROSO, *L'anima della donna. Riflessioni sulla vita*. Zanichelli, 2a. ed. Bologna 1921, pp. 5-8

En este punto Edith va más en profundidad y valora la actitud de la mujer que sabe vivir en silencio su amor servicial.

Para la mujer –continúa Gina- el periodo más feliz de su vida es aquel en el que los cuidados familiares y sociales absorben completamente toda su fuerza física y moral; cuando su ánimo está en continuo estado de emoción real y natural; cuando su necesidad de ocuparse de los demás tiene una salida y expresión natural; y cuando los otros, sin esfuerzo, naturalmente se inclinan a preocuparse por ella: cuando ella es de los hijos: la que los nutre; de sus alumnos: la educadora; de la persona que ama: la amada<sup>44</sup>.

La mujer que no tiene alguien por quien apasionarse y para quien obrar; que no tiene uno a quien dedicarse y que se dedique a ella; la mujer “single” que no tiene hermanos, sobrinos, niños a los que aficionarse y que sea ella la pasión de ellos; que no tenga desamparados a los que pueda aliviar su dolor y de los que ella es la consoladora; que no tiene modo de emplear sus instintos altruistas, su intuición, su actividad y sus tesoros de afecto; que no es maestra, religiosa, (consagrada usando un término más amplio), que no tiene una persona viva, es decir un amor en la vida, se hace áspera, agria, adusta y se deforma física y moralmente” (la traducción del italiano es nuestra) [...] Nada más insoportable a la mujer que la ociosidad, la indiferencia, la pasividad; nada le resulta más angustiante que una vida sin emociones naturales; que la imposibilidad de ocuparse, de amar, de odiar, de obrar modelando a alguien o a favor de alguien. Nada más angustiante que no ser amada y no poder amar<sup>45</sup>.

Como se ve, Gina anticipa algunos temas tratados por la filósofa alemana en un ámbito cultural y en una lengua diversa, y sin la antropología teológica que distingue a Edith. Se puede decir que Gina ofrece fundamentos biológico-psicológicos, en cambio Edith argumenta con razones, filosóficas, antropológicas y teológicas. Nos parece que la antropología de base es distinta –aunque no opuesta- y, en consecuencia, algunos desarrollos y conclusiones, también lo son.

Volviendo al *ethos* femenino, Edith subraya la dimensión “de compañera. Compartir la vida de otro ser humano y participar *en todo* lo que le afecta, en lo más grande y en lo más pequeño, en las alegrías y en los sufrimientos, pero también en los trabajos y problemas constituyen su

<sup>44</sup> G. LOMBROSO O.C., p. 8.

<sup>45</sup> *Ibidem*.

don y felicidad”.<sup>46</sup> Este postulado no es fácilmente aceptado por algunas tendencias culturales sobre la feminidad; sin embargo, Edith se funda en sus estudios sobre la empatía y pedagogía, y en su orientación fenomenológica que desea respetar la realidad. La experiencia muestra que para la mujer es esencial saber que otro la necesita. Y su “tomar parte” es esencial para que en el otro se despierten fuerzas vivas que lo conduzcan a su plenitud. La mujer conduce al hombre a la madurez.

Ahora bien, es necesario precisar el significado del ser “compañera” del hombre y estar a su lado:

“Fin” –dice Edith- es aquello a lo que otro ser tiende, en el cual alcanza la paz y halla su cumplimiento. Esto significa que el sentido del ser femenino se planifica en la unión con el hombre. Fin significa también aquello por virtud de lo cual otro ser está ahí. Esto quiere decir que la mujer ha sido creada para el hombre porque necesita de ella para dar cumplimiento al sentido de su ser. De ahí no creo que se desprenda que la mujer haya sido creada *sólo* para el hombre, pues toda creatura tiene su propio sentido, y esa es su peculiar manera de ser imagen de la esencia divina. ... la mujer no ha sido creada para servir al hombre como medio para el logro de sus fines y para la satisfacción de su deseo. Así pues, esto no debe serlo la compañera que sobre todas las demás creaturas está “frente a él”. Más bien ella debe ser para el hombre por libre decisión personal, el “auxilio” que le hace posible llegar a ser aquello que debe ser. Pues “ni el varón es sin la mujer” (1 Co 11,11), y por eso “deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer” (Gen 2,24).

Por eso la formación de muchachas debe llevar a la expresión y afirmación del ser propiamente femenino, y a él le pertenece la posición grata a Dios de estar al lado del hombre, no en su lugar, pero tampoco en un papel humillante, que no corresponde a la dignidad personal del ser humano<sup>47</sup>.

Así pues, el “ser compañera” es una misión altísima y que se debe entender como “la ayuda adecuada”, como una especie de espejo en el que el varón comprende su propia dignidad y descubre su propio ser.

Jean Guitton suele decir que el varón representa el *acto en el tiempo*, mientras que la mujer es la *presencia de la eternidad en el tiempo*<sup>48</sup>. Es

---

<sup>46</sup> ESOC IV, p. 163.

<sup>47</sup> ESOC IV, p. 512.

<sup>48</sup> J. GUITTON, *La mujer en la casa*, Herder, Barcelona 1963, pp. 25-29. “El hombre representa el acto del tiempo, mientras la mujer representa la presencia de la eternidad en

decir, para el varón es esencial construir el mundo venciendo su resistencia, y ofrecer seguridad a la mujer y a la familia; cosa que ella, en especial, necesita y agradece. De modo paradójico, aunque él ofrece seguridad a ella, él tiene necesidad de ser cuidado por el elemento femenino, tiene que ser introducido en el camino de la verdad, gracias al amor. “La Biblia nos persuade del hecho de que no se puede lograr una auténtica hermenéutica del hombre, es decir, de lo que es «humano», sin una adecuada referencia a lo que es «femenino»”<sup>49</sup>.

Como diría Víctor Hugo en los *Miserables* hablando del obispo Bienvenido ya ciego y cercano a la muerte:

Ser ciego y ser amado es, en este mundo en que nada hay completo, una de las formas más extrañamente perfectas de la felicidad. Tener continuamente a nuestro lado a una mujer, a una hija, una hermana, que está allí precisamente porque necesitamos de ella; sentir su ir y venir, salir, entrar, hablar, cantar; y pensar que uno es el centro de esos pasos, de esa palabra, de ese canto; llegar a ser en la oscuridad y por la oscuridad, el astro a cuyo alrededor gravita aquel ángel, realmente pocas felicidades igualan a ésta<sup>50</sup>.

El varón, como todo organismo en el que no está presente el instinto materno, vela por sus intereses, es egocéntrico, (no en el sentido moral, sino en el sentido de que tiene su pasión en sí, mira a su interés personal). El hombre tiende a tomar a sí mismo, sus propios intereses, sus propios placeres, sus propias actividades como columna vertebral de su existir. Le

---

el tiempo. Y esto es más profundo y más verdadero, pues el tiempo pasa y lo eterno queda”.

<sup>49</sup> JUAN PABLO II, Carta encíclica *Mulieris dignitatem* sobre la dignidad y vocación de la mujer, 15 de agosto de 1988, n. 22.

<sup>50</sup> V. HUGO, *Los Miserables*. “Lo que los periódicos omitieron fue que al morir el obispo de D. estaba ciego desde hacía muchos años, y contento de su ceguera porque su hermana estaba a su lado. Ser ciego y ser amado, es, en este mundo en que nada hay completo, una de las formas más extrañamente perfectas de la felicidad. Tener continuamente a nuestro lado a una mujer, a una hija, una hermana, que está allí precisamente porque necesitamos de ella; sentir su ir y venir, salir, entrar, hablar, cantar; y pensar que uno es el centro de esos pasos, de esa palabra, de ese canto; llegar a ser en la oscuridad y por la oscuridad, el astro a cuyo alrededor gravita aquel ángel, realmente pocas felicidades igualan a ésta. La dicha suprema de la vida es la convicción de que somos amados, amados por nosotros mismos; mejor dicho amados a pesar de nosotros; esta convicción la tiene el ciego. ¿Le falta algo? No, teniendo amor no se pierde la luz. No hay ceguera donde hay amor. Se siente uno acariciado con el alma. Nada ve, pero se sabe adorado. Está en un paraíso de tinieblas. Desde aquel paraíso había pasado monseñor Bienvenido al otro.



resulta difícil acomodarse. Va a lo suyo. Efectivamente esto deriva en muchos casos en vicios de personalidad, se trata de los defectos propios del varón, pero considerado el carácter egocéntrico del varón en sí mismo, hay que decir que es parte del *ethos* masculino, de esa actitud duradera del alma que lo inclina a determinadas actividades y al que corresponde un estado de alma particular, con una misión especial. Gracias a este *ethos* el mundo se puede construir venciendo los obstáculos que se oponen. El mundo masculino y femenino es complementario.

La femineidad realiza lo «humano» tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria. Cuando el Génesis habla de «ayuda», no se refiere solamente al ámbito del *obrar*, sino también al del *ser*. Femineidad y masculinidad son entre sí complementarias *no sólo desde el punto de vista físico y psíquico*, sino *ontológico*. Sólo gracias a la dualidad de lo «masculino» y de lo «femenino» lo «humano» se realiza plenamente<sup>51</sup>.

Pongamos un ejemplo que narra la misma Edith en una página biográfica. Su sobrino, Helmut, hijo de su hermano había caído enfermo y, a diferencia de sus hermanos, no lograba recuperarse del todo. La madre del pequeño reconocía abiertamente que no sabía cuidar niños enfermos. Así pues, Edith estaba cerca del pequeño.

Cuando se quedaba solo gritaba: ‘Tía Edith, ven. Podrías hacer tus deberes de escuela aquí’ (Mis ‘deberes de escuela’ eran mis trabajos de Filosofía). Y seguía: ‘Mi madre deja solos a los niños enfermos’. Yo al oír esto recogía mis papeles e intentaba seguir trabajando en el cuarto de Helmut [...] El pequeño insistía en que fuese hasta su camita y entonces yo le decía: ‘Helmut, si me interrumpes tanto yo no puedo trabajar’. La respuesta era: ‘pero si tú no necesitas trabajar’. Lo decía en un tono tan convincente que me iba a jugar con él. Por eso me tenía tanto cariño. Algún tiempo después, ya curado, [...] Helmut corrió hacia mí y me susurró al oído: ‘¿Quieres ser mi novia? Le di complacida mi ‘sí’, le tomé sobre mis rodillas y le di un trozo de mi tarta, diciéndole que el novio y la novia tenían que compartirlo todo. Esto le gusto a él mucho, y de repente exclamó alarmado: ‘Precisamente hace un momento he comido tarta en mi casa y no te he dado a ti nada’ Enseguida se tranquilizó diciendo: ‘Pero en ese momento todavía no eras mi novia’<sup>52</sup>.

---

<sup>51</sup> JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres 29 de junio de 1995*, n. 7.

<sup>52</sup> E. STEIN, *Estrellas amarillas. Autobiografía: infancia y juventud*. Ed. Espiritualidad, Madrid 1973, p. 72.

Este texto habla por sí mismo y descubre algo que anotamos más arriba: la pasión de la mujer no coincide siempre con su interés por que es *alterocéntrica*. El interés de Edith residía en sacar adelante sus tareas filosóficas, en cambio su pasión era la persona viva y concreta de su sobrino necesitado de compañía. Las dos peticiones del pequeño Helmut a Edith: la de venir cerca de su cama y la de ser su novia, desarman literalmente las resistencias de Edith y su propósito de estudiar. Deja la tarea abstracta y atiende a la persona concreta. Por otro lado, dichas peticiones expresan muy bien lo que significa la presencia y cuidado de la mujer en la vida del ser humano, particularmente en la vida del varón.

Según Edith, “la participación viva de la mujer despierta las fuerzas e incrementa las prestaciones de aquel en cuyo favor ella toma parte”<sup>53</sup>. Es decir, ella inspira en el varón o en la creatura que toma bajo su cuidado una luz y fortaleza internas que le permiten crecer y crear en sí mismo. “La verdad —comenta el Prof. Grygiel— es más que sólo una *adequatio intellectus cum re* (adecuación del intelecto con la cosa, con la realidad); la verdad es *adequatio personae cum persona presenti in dono* (adecuación de la persona con la persona presente en el don). [Esto es precisamente lo que descubrimos en el pasaje descrito: la verdad para Helmut fue la adecuación entre él y el don que representaba Edith mujer. Sólo en ese momento Helmut descubre la verdad]. El hombre, en cambio -continúa Grygiel- calcula más. Con su razón produce abstracciones. Por esta razón él ve realmente la verdad sólo cuando el elemento femenino lo ayuda a acercarse a la realidad” [...] La verdad llega a nosotros a través de la verdad contemplada con la ayuda del amor. La mujer ayuda al hombre a alcanzar la madurez, lo atrae a lo alto, a las “grandes cosas que Dios ha hecho en ella”<sup>54</sup>.

Edith piensa que la participación activa de la mujer, en cuanto mujer con su genio y feminidad, despierta las fuerzas viriles e incrementa la capacidad de aquel que recibe tal cuidado. Puede ser un pequeño, un enfermo, un varón, una jovencita, un anciano. Lo importante es que la cualidad femenina vivifica a la persona para que pueda ser aquello que está llamada a ser. El contacto con lo femenino impulsa a lo alto. Cabría preguntarse si puede haber *desarrollo de la persona*, -tema de nuestro encuentro- despliegue armónico de la personalidad, sin participación de la mujer. No lo creemos posible.

<sup>53</sup> ESOC IV, p. 163.

<sup>54</sup> S. GRYGIEL, *Dolce guida e cara, Saggi antropologici al femminile*, Ares, Milano 1996, p. 33.

Amar a una persona implica dar una respuesta a su valor personal y participar de ese valor; así como tratar de protegerlo y conservarlo. Anhelar amor quiere decir, anhelar que los demás reconozcan el propio valor personal y nos cercioren (nos den la seguridad) a nosotros de la existencia del mismo, así como querer saberlo custodiado por ellos. [...] En todo lo bello y bueno que el hombre encuentra en sí y alrededor de sí, sospecha (intuye) la presencia de un ser supremo situado por encima de él y de todo, y se siente empujado a buscar y servir a ese ser. Todo hombre es un buscador de Dios y es en cuanto tal como se halla más fuertemente ligado con lo eterno<sup>55</sup>.

Hagamos un pequeño *excursus* y veamos algunas posibles vías en las que la mujer despierta las fuerzas e incrementa las prestaciones de aquel que ella toma bajo su cuidado:

*Inspirar*: Teilhard de Chardin lo experimentaba con intensidad: “El hombre, síntesis de la naturaleza, hace muchas cosas con el fuego que arde en su corazón. Acumula el poder, persigue la gloria, crea la belleza, se consagra a la ciencia y muchas veces no es capaz de advertir que, bajo formas tan diversas, es siempre la misma pasión la que lo anima – depurada, transformada, pero viviente–: la atracción femenina. [Todo lo grande que el hombre realice en todos los órdenes será debido a lo femenino: comentario de Henri de Lubac a Teilhard de Chardin]<sup>56</sup>.

*Desvelar*: Ella quita el velo que cubre la realidad y ayuda a ver lo esencial. Es una revelación de la dignidad sagrada del prójimo y de la bondad de todo lo que existe. *Es muy bueno que todo sea así*. Ella retira el velo de sí misma para dejar ver su segunda belleza, la sonrisa de su boca, como diría Dante en la Divina Comedia.<sup>57</sup> Después de que Dante ve tal

<sup>55</sup> ESOC IV, p. 514.

<sup>56</sup> H. DE LUBAC, *El Eterno femenino*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1969 (textos en su mayoría de Teilhard de Chardin), p. 137.

<sup>57</sup> *Divina Commedia. Il Purgatorio*, Canto XXI. En la Divina Comedia se lee que Dante, al llegar a la cima del Purgatorio se encuentra con Beatriz, la mujer amada, allí él intuye bajo el velo que la cubre y manifiesta al mismo tiempo, los ojos que él amaba. Poco después tres bailarinas –las virtudes teologales– que acompañan a Dante amonestan a Beatriz para que sea más suave con Dante y retirando el velo le permita ver su boca y su segunda belleza, pues ya había Dante descubierto la primera belleza de su mirada a través del velo. Se refería, quizá, a la sonrisa de sus labios. Esta mirada femenina, este ver reflejado en sus pupilas el misterio de Dios y esta sonrisa que interpretan los ojos, es lo que permite a Dante estar listo para subir por el cielo y las estrellas.

«Volgi, Beatrice, volgi li occhi santi»,  
era la sua canzone, «al tuo fedele  
135 cbe, per vederti, ha mossi passi tanti!»

sonrisa y purificado de su pecado, *está dispuesto para ascender al cielo y las estrellas*. La misión natural de la mujer es *hacer posible el futuro*, ver lo que no se ve, acostumbrar las pupilas a la suave luz del invisible. *Ella tiene ojos que ven*. *Seeing eye*, diría Mark Twain en su espléndida obra *Juana de Arco*<sup>58</sup>.

---

*Per grazia fa noi grazia che disvele  
a lui la bocca tua, sì che discerna  
138 la seconda bellezza che tu cele».*

«¡Torna, torna, Beatriz, tus santos ojos  
-decía su canción- a tu devoto  
que para verte ha dado tantos pasos!135

Por gracia haznos la gracia que desvele  
a él tu boca, y que vea de este modo  
la segunda belleza que le ocultas.»138

“Belleza hecha sonrisa, ella es, simultáneamente y en un mismo acto, “eros y ágape, que para Dante son dos nombres de la misma cosa, el Amor, que es el nombre propio de Dios”. C. AVENATTI DE PALUMBO, *Teología y Vida*, Vol. I (2009), 199 – 213.

<sup>58</sup> One day, riding along, we were talking about Joan's great talents, and he said, 'But, greatest of all her gifts, she has the seeing eye.' I said, like an unthinking fool, 'The seeing eye?—I shouldn't count on that for much—I suppose we all have it.' 'No,' he said; 'very few have it.' Then he explained, and made his meaning clear. He said the common eye sees only the outside of things, and judges by that, but the seeing eye pierces through and reads the heart and the soul, finding there capacities which the outside didn't indicate or promise, and which the other kind of eye couldn't detect. He said the mightiest military genius must fail and come to nothing if it have not the seeing eye—that is to say, if it cannot read men and select its subordinates with an infallible judgment. It sees as by intuition that this man is good for strategy, that one for dash and daredevil assault, the other for patient bulldog persistence, and it appoints each to his right place and wins, while the commander without the seeing eye would give to each the other's place and lose. He was right about Joan, and I saw it. The Project Gutenberg EBook of Personal Recollections of Joan of Arc, Volume 1, by Mark Twain (Samuel Clemens).

“In restoring Richemont to France, Joan made thoroughly secure the successful completion of the great work which she had begun. She had never seen Richemont until he came to her with his little army. Was it not wonderful that at a glance she should know him for the one man who could finish and perfect her work and establish it in perpetuity? How was it that that child was able to do this? It was because she had the “seeing eye,” as one of our knights had once said. Yes, she had that great gift--almost the highest and rarest that has been granted to man. The Project Gutenberg EBook of Personal Recollections of Joan of Arc, Volume 2, by Mark Twain (Samuel Clemens).

*Hacer germinar.* Ella hace florecer la persona con un amor concreto. La mujer no solo inspira con la belleza que emana de su persona, sino que ofrece perspectivas esencialmente humanas en la toma de decisiones. Su inclinación por la persona concreta orienta y corrige la abstracción masculina. Ella se pone al servicio de la forma interna de la creatura. Se pone al servicio de la germinación.

*Cuidar.* Su inclinación materna hace que *tome bajo su cuidado el ser humano, particularmente el más frágil*. Proteger, velar, custodiar, estar pronta para la respuesta amorosa, valiente, decidida. El *cuidado* no quiere debilitar la fuerza viril, sino al contrario, la preserva para que no se convierta en fuerza bruta o en impulso lánguido, sin *viriditas*<sup>59</sup>. La mujer es *viriditas* en el sentido más amplio y estricto de la palabra. Es la madre de los vivientes.

Edith, sin embargo, considera con gran realismo que el desarrollo genuino de la naturaleza femenina “sólo se da en circunstancias muy especiales”<sup>60</sup>. En esto no hay nada de pesimismo, sino de realismo. Un desorden interior, que ella identifica con el pecado original, obstaculiza el pleno desarrollo de la naturaleza humana en general y de la femenina en particular. Por ello, el número de mujeres que no alcanzan el *desarrollo de su personalidad de acuerdo con el ethos natural* no es pequeño. Describe plásticamente cómo se da este fenómeno<sup>61</sup>.

Así pues, la actitud *personal*, es decir, la orientación hacia lo vivo y personal, se aplica en exceso (sufre hipertrofia) en la “tendencia de ocuparse y ocupar a los demás desmesuradamente con la propia persona; vanidad, deseo de alabanza y reconocimiento, desenfrenada necesidad de comunicarse. Por otra parte está el excesivo interés por los demás:

---

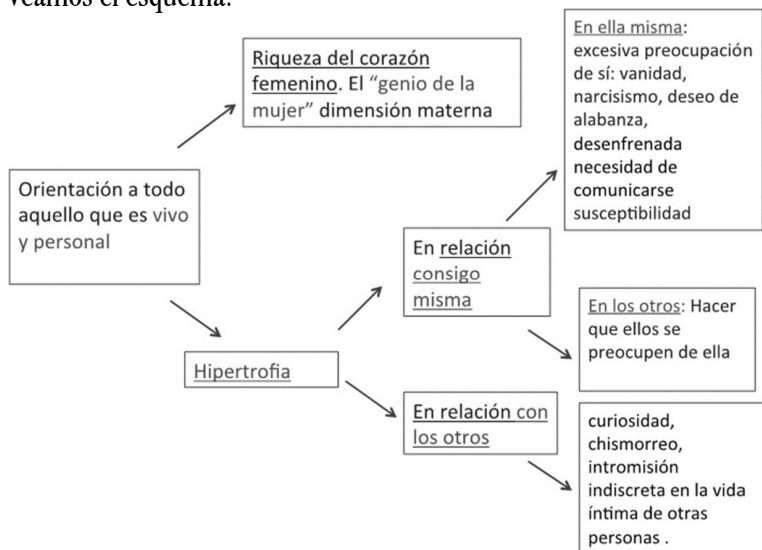
<sup>59</sup> Para Hildegarda de Bingen, monja benedictina del siglo XII, la noción de *viriditas* es esencial. La traducción exacta sería “verdosisidad”, pero es mucho más que esto. Se trata de sustantivar el carácter simbólico del color verde. Con la palabra *viriditas* Hildegarda expresa la vitalidad del ser orgánico, la fecundidad de vida, la germinación, no sólo del mundo vegetal (verde) sino también la del mundo sensible y espiritual.

<sup>60</sup> Esoc IV, p. 164.

<sup>61</sup> Sobre la degeneración propia del ethos masculino femenino, Edith dice con especial claridad: “La degeneración específica del hombre es la de tender a un *dominio brutal* (sobre todas las criaturas y especialmente sobre la mujer) y a *bacerse esclavo por el trabajo* hasta la atrofia de su condición humana. La degeneración específica de la mujer es la *vinculación esclava al hombre* y el hundimiento del espíritu en la vida *corporal-sensual*”. Esoc IV, p. 505.

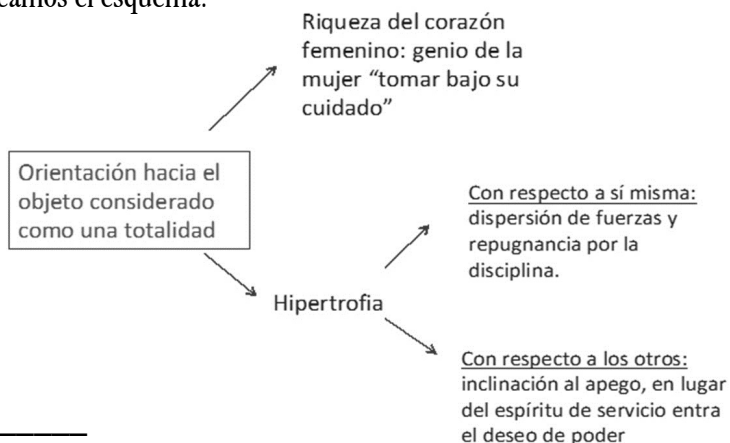
curiosidad, chismorreos (viene del griego gr. σχίσμα *schísma* ‘escisión, separación’) intromisión indiscreta en la vida íntima de otras personas.

Veamos el esquema:



“Por otra parte, *la actitud hacia la totalidad* conduce fácilmente a la dispersión de fuerzas, al rechazo de la necesaria disciplina técnica de cada una de las disposiciones, al golosineo (dedicarse a lo que gusta) superficial en todos los campos; y, en relación con los otros, a la inclinación a incautarse (apoderarse arbitrariamente) totalmente a ellos, mucho más de cuanto lo exigen las funciones maternas”<sup>62</sup>.

Veamos el esquema:



<sup>62</sup> Esoc IV, p. 165.

La imagen de la Madre de Dios –en cambio– nos muestra *la actitud anímica básica correspondiente a la vocación natural de la mujer*: ante el hombre, obediencia, confianza y participación en su vida, que favorece sus tareas propias y el desarrollo de su personalidad; ante el niño, protección fiel, cuidado y educación de los talentos concedidos por Dios; ante ambos, entrega desinteresada y una presencia desapercibida cuando no se necesita de ella. Todo ello basado en la idea del matrimonio y de la maternidad como una vocación que viene de Dios y que hay que ejercer por amor de Dios y bajo dirección divina<sup>63</sup>.

“¿Cómo puede la mujer llegar en el ánimo y en la acción a la altura de este *ethos*, si en la naturaleza dañada existen instintos tan fuertes que se oponen a ello y llevan a otros remedios?”<sup>64</sup>. Es una pregunta que quizá sólo una mujer pueda responder, porque sólo ella conoce adecuadamente el *ethos* natural femenino, su femineidad, y el ímpetu de los instintos que a él se oponen. Edith nos sorprende una vez más por su realismo, objetividad y sencillez, al responder: un remedio contra los defectos típicamente femeninos lo ve en *el trabajo llevado a cabo con esmero*.

Se trata de un trabajo que limita el interés exagerado por lo que es personal, desecha aquello que es superficial, implica la subordinación a normas objetivas y, en consecuencia, es un ejercicio de obediencia. Tal visión por una parte coincide con la actual emancipación de la mujer y su inserción en el mercado del trabajo en todos los niveles; por otro lado, en lo que se refiere a la obediencia, hurta contra la tendencia cultural sensible a lo subjetivo, a lo espontáneo y a la valoración del propio punto de vista y autorrealización. Pero si bien se mira, Edith no desprecia en modo alguno la subjetividad, sino que indica un medio concreto para hacer que la femineidad no se pierda a sí misma en el subjetivismo y en la hipertrofia. Más adelante matiza su pensamiento añadiendo que este trabajo llevado con esmero, no debe hacerse en perjuicio de la *actitud personal buena y pura del alma femenina*. Tampoco le debe llevar a una especialización unilateral que ella ve como una esclavitud propia de la naturaleza masculina. Ella vela siempre por la armonía.

Cada trabajo de esta índole, de cualquier tipo –tanto el trabajo doméstico, los oficios, la ciencia o lo que sea– requiere que uno se someta a las exigencias de la cosa en cuestión; el que uno tenga que hacer retroceder ante la cosa la propia persona, las preocupaciones por ella, los humores y

---

<sup>63</sup> ESOC IV, p. 166.

<sup>64</sup> *Ibidem*.

caprichos. Y el que haya aprendido esto se ha vuelto *objetivo*, ha perdido algo de su *biper-personalidad* y ha alcanzado una cierta libertad de sí mismo, a la vez ha alcanzado profundidad en un punto de la superficie, tiene algo sobre lo cual puede asentarse. Ya por este gran beneficio personal, haciendo caso omiso de cualquier premura económica, cualquier chica debería recibir una formación profesional sólida y después de esta formación tener una ocupación que la llene completamente<sup>65</sup>.

### Otras profesiones naturales de las mujeres

Habiendo analizado el *ethos* de la vocación natural de la mujer, nos preguntamos: ¿existen otras vocaciones femeninas “naturales”? No se puede negar, que las mujeres sean capaces para ejercer otras vocaciones distintas a la de ser esposa y madre, en el sentido estricto de estas palabras. Edith llega a afirmar con serena objetividad:

Desde luego puede decirse que en caso de necesidad toda mujer sana y normal puede ejercer una profesión, y que no existe ninguna profesión que no pueda ser llevada a cabo por una mujer<sup>66</sup>.

Es sorprendente que esto lo escriba precisamente una mujer a la que se le negó en dos ocasiones una cátedra universitaria, y en el primero de los casos, sólo por ser mujer. Injusticia enorme. “Por principio —piensa Edith— la mujer puede orientar la disposición individual hacia cualquier campo profesional, incluso a aquellos que de suyo distan de la especificidad femenina”<sup>67</sup>.

Ahora bien, si se quiere hablar de “profesiones femeninas” entonces “debería tratarse de vocaciones profesionales cuyas *tareas específicas se remitan a la especificidad femenina*”, en particular, en las que se trata de cuidado de personas, educación, asistencia, comprensión que crea empatía: médico, enfermera, docente, educadora, todo lo relacionado con los social, presencia y consejo en todos los lugares de toma de decisiones. En el campo de las ciencias, ella se encontrará mejor en todo lo que tenga relación con lo concreto, con lo vivo-personal como son las humanidades, profesiones de ayuda y servicio, como también en la dirección comprensiva del trabajo de otros.

<sup>65</sup> H.B. GERL-FALKOVITZ, *Anuario Filosófico*, 1998 (31) 782.

<sup>66</sup> ESOC IV, p. 167.

<sup>67</sup> *Ibidem*.



En todas estas profesiones está presente la actitud anímica de esposa y madre, pero ampliada a un círculo de acción más amplio, “y en general a un círculo de personas cambiantes, y por ello desvinculado de la unión vital del parentesco de sangre, y más afincado en lo espiritual. Pero naturalmente también desaparece buena parte de aquellas energías naturales que radican en la comunidad vital, y resulta tanto más necesario hacer anímicamente un mayor esfuerzo”<sup>68</sup>. Por eso, tenemos un deber de gratitud hacia todas las mujeres consagradas, bien sea en una vida religiosa o por motivos religiosos, como aquellas mujeres consagradas al bien de los demás en una vida profesional. Ellas desvinculadas de la comunidad vital que es el matrimonio y los hijos propios, deben hacer un esfuerzo anímico mayor. Sólo Dios sabe cuánto les debemos a todas ellas.

A esto añade Edith que en las profesiones que no son específicamente femeninas - pensemos por ejemplo el trabajo en una fábrica, en oficinas comerciales, en el servicio administrativo que suele ser pesado, en las corporaciones legislativas, en un laboratorio químico- se trata de contacto con un material muerto abstracto. Sin embargo, aún en estas situaciones, hay siempre un contacto humano donde la mujer puede desarrollar su especificidad. De este modo nace la ocasión para el desarrollo de todas las virtudes femeninas.

Incluso puede decirse precisamente aquí, en que cada cual está en peligro de convertirse en una pieza de máquina y de perder su humanidad<sup>69</sup>, que el desarrollo de la especificidad femenina puede llegar a ser un contrapeso muy benéfico. [21] En aquel que sabe que a él le espera en el puesto de trabajo disponibilidad para la ayuda y participación, en su alma se mantiene o se despierta algo vivo, que de otro modo habría de atrofiarse<sup>70</sup>.

A la inversa, también es ventajoso para la mujer mantenerse abierta para la vida profesional porque equilibra una de sus debilidades: la predisposición a lo sensible no solamente se podrá tener a raya a través de la formación en el trabajo objetivo, es sólo así como se convierte en bien

---

<sup>68</sup> Ibidem.

<sup>69</sup> Cotéjese este texto con uno de la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* n. 29 de Juan Pablo II que exponemos a continuación: “De ese modo, este progreso unilateral puede llevar también a una gradual *pérdida de la sensibilidad por el hombre, por todo aquello que es esencialmente humano*. En este sentido, sobre todo el momento presente *espera la manifestación* de aquel «genio» de la mujer, que asegure en toda circunstancia la sensibilidad por el hombre, por el hecho de que es ser humano”.

<sup>70</sup> Ibidem.

estimable. De este modo, no sólo la mujer otorga a la vida profesional masculina una dimensión humana, sino que también la profesión “educa” a la mujer al dominio de sus capacidades<sup>71</sup>.

En el alma de quien es atendido por una mujer se mantiene o se despierta algo vivo. Dicho de otro modo, la mujer es fuente de vida, no sólo biológicamente, sino espiritualmente, y donde hay una verdadera mujer hay desarrollo orgánico y armónico de la persona, hay germinación y vida espiritual en crecimiento. Como diría Jean Guittou<sup>72</sup>: “Todos vivimos, más o menos de lo que nos ha enseñado una mujer en el orden de lo sublime”.

En todas partes donde haya un hombre solo, especialmente si este está necesitado espiritual o corporalmente, ella está a su lado tomando parte llena de amor y comprendiendo, aconsejando ayudando; así se convierte en compañera y ayuda a “que el hombre no esté solo”. En todas partes donde ella ayuda a comprender a un hombre el desarrollo de su camino hacia la meta en su despliegue, anímico o espiritual, ella es madre<sup>73</sup>.

Edith descubre una misión femenina incluso en las profesiones más abstractas e impersonales que se pudiesen pensar. Con una lucidez particular apunta:

Todo lo muerto sirve en última instancia a lo vivo. Toda actividad abstracta se halla, por ende, en última instancia al servicio de un todo viviente” [...]. De esta manera la entrada de las mujeres en las más variadas ramas profesionales podría significar una bendición para la vida social en su conjunto, la privada y la pública, precisamente si se mantuviera el *ethos* específicamente femenino<sup>74</sup>.

La mujer debería cumplir esta misión, según Edith, de manera silenciosa, sin esperar atención ni reconocimiento para sí, cosa que supone no pequeña altura humana y espiritual. Como hemos visto Gina veía este

<sup>71</sup> H.B. GERL-FALKOVITZ, *Anuario Filosófico*, 1998 (31), 782.

<sup>72</sup> J. GUITTON, *Diálogos con Pablo VI*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1967, p. 103. .”– Recuerdo –le dije a Pablo VI– haber oído decir en otro tiempo al Cardenal Mercier: «La dulzura es la plenitud de la fuerza».

–¡Qué razón tenía! -comentó el Papa-

–Todos vivimos, más o menos (el mismo Renán lo decía) de lo que nos ha enseñado una mujer en el orden de lo sublime. Y los hijos lo sienten más que las hijas a causa de la diferencia de las naturalezas. Y los hijos sacerdotes, más que los demás hijos, porque están llamados a la soledad”<sup>72</sup>.

<sup>73</sup> ESOC IV, p. 249.

<sup>74</sup> ESOC IV, p. 168.

punto con una perspectiva diversa. Pero junto a esta presencia discreta y silenciosa, Edith ve a la mujer como vigía que observa atentamente la situación, es lo que se llama circunspección en sentido etimológico, como un capitán que desde el puente guía la nave: “detecta dónde falta algo, si alguien necesita ayuda y, en la medida en que está a su alcance, interviene regulando la situación, inadvertidamente en lo posible. Consiguientemente ella expandirá por doquier sus bendiciones, como un espíritu bueno”<sup>75</sup>.

Esta capacidad de la mujer de supervisar, de sostener y dar un alma a la realidad humana, no mira a presentar un modelo de femineidad, sino a desempeñar una función histórica y cultural de gran importancia. El futuro es propiamente femenino porque se construye desde ella, porque ella está más vinculada a los ritmos naturales y le es connatural engendrar, hacer crecer de modo orgánico, mirar al futuro de la creatura puesta bajo su cuidado. El futuro es ciertamente femenino.

Vemos, por tanto, decía Lucetta Scaraffia, escritora italiana del *L'Osservatore Romano* que el papel de las santas proclamadas como Doctores de la Iglesia<sup>76</sup>—y más en general de todas las santas— no es el de ofrecer un modelo que sublima las tradicionales características de femineidad, sino el de desempeñar una función histórica y cultural eminente<sup>77</sup>.

En la parte final de su conferencia Edith echa una mirada realista a la situación de la mujer — hablamos de los años 30, hace casi 90 años, ¿qué habría que añadir ante la situación actual?—

Traigamos con calma ante nuestros ojos el contraste entre la vida real de la mujer, tal como hoy se da por término medio, y nuestros planteamientos. Muchas de las mejores están casi aplastadas por la doble carga del trabajo profesional o de los deberes familiares; siempre en acción, excitadas, nerviosas, irritadas: ¿de dónde han de extraer la calma interior y la serenidad para ofrecer a otros apoyo, protección, guía? Incluso en los casos

---

<sup>75</sup> *Ibidem*.

<sup>76</sup> Una española, Teresa de Jesús; una francesa, Teresa de Lisieux; un italiana, Catalina de Siena y una alemana, Hildegarda de Bingen.

<sup>77</sup> L. SCARAFFIA, *Le dottoresse di Dio Inchiesta sulle donne intellettuali nella storia della Chiesa*. *L'Osservatore Romano*, 4 di ottobre 2012. “Vediamo dunque che il ruolo delle sante proclamate Dottori della Chiesa — ma più in generale di quasi tutte le sante, abbiamo fatto solo alcuni esempi — non è quello di offrire un modello che sublima le caratteristiche tradizionali di femminilità, ma quello di svolgere una funzione storica e culturale eminente”.

de grande y recíproco amor y reconocimiento, las consecuencias son diariamente pequeñas fricciones en el roce con el marido y los hijos, malestar en toda la casa, relajamiento de la unidad familiar. Junto a esto, las muchas mujeres superficiales e inestables a la caza del placer para llenar los vacíos interiores, [34] casarse y descasarse, abandonado el cuidado de la casa y de los hijos o entregado a personas de servicio extrañas, que no son más concienzudos que ellas; cuando se ven forzadas a la actividad ganancial, la ejercen solamente como un medio para su fin, a saber, para el sustento y a ser posible pingüe disfrute de la vida; en ellas no cabe hablar ni de vocación profesional, ni de *ethos*. Son como arena movediza, que se arrastra. El desarreglo de la vida familiar y la decadencia de la moral pertenecen intrínsecamente a la proliferación de estos grupos y solamente podrá frenarse si, con la ayuda de una adecuada educación de la joven, se logra limitar el número de dichos grupos<sup>78</sup>.

No está en las fuerzas humanas femeninas superar esta deriva, este desorden interno. Según Edith se requiere la gracia que perfecciona la naturaleza. Es indispensable que la mujer viva en unión con Dios y que de Él le vengán las fuerzas para una donación total, propia del *ethos* interior.

## Conclusión

Entregarse amando así -con un amor sobreabundante, misericordioso, que sana lo enfermo y vuelve a la vida a lo muerto, que protege y cuida, que alimenta, enseña y educa- llegar a ser totalmente propiedad de otro, y poseer totalmente a ese otro, todo eso constituye el deseo más profundo del corazón femenino. En ello se resume esa posición hacia lo personal y hacia el todo, que a nosotros nos parece específicamente femenina<sup>79</sup>.

Una verdadera vocación profesional de la mujer es aquella en la que el alma femenina expresa su ser, y que puede ser configurada a través (o gracias a) del alma femenina. El constitutivo formal íntimo del alma femenina es el amor, tal y como brota del corazón divino. El alma femenina gana este principio formal a través de la más estrecha unión al corazón [41] divino en una vida eucarística y litúrgica<sup>80</sup>.

Cuanto hemos dicho aquí sólo quiere ser un prelude e invitación a la lectura directa de Edith Stein. Sabemos que esta “lectura no ejercerá

<sup>78</sup> ESOC IV, p. 172.

<sup>79</sup> ESOC IV, p. 171.

<sup>80</sup> ESOC IV, p. 175.

necesariamente una fascinación intuitiva; la característica de este pensamiento es la objetividad. Pero el que aprecia el espíritu caracterizado por la sobriedad, encontrará en Edith Stein una racionalidad bienhechora”<sup>81</sup>

---

<sup>81</sup> Ibidem.